

587<sup>e</sup>

# SERMON

QUE EN MEMORIA DEL MÁRTIR

## SAN DIONISIO AREOPAGITA,

Y EN EL ANIVERSARIO DE LA CONQUISTA

de esta Mo. N. y Mo. L. ciudad

DE

## JEREZ DE LA FRONTERA,

PREDICÓ

EL 9 DE OCTUBRE DE 1869,

EN LA IGLESIA DEL CITADO SANTO Y PATRONO,

EL BACHILLER

*Sr. D. Francisco de Lara y Arjona,*

CANÓNIGO DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE CÁDIZ, CATEDRÁTICO DE SAGRADA TEOLOGÍA EN EL SEMINARIO DE LA MISMA Y COMENDADOR DE LA ÓRDEN DE ISABEL LA CATÓLICA.

**JEREZ.**

IMPRENTA DE «LA BANDERA CATÓLICA,» MERCADO 4.  
Á CARGO DE L. DE TORRES Y GONZALEZ.

1869.

# SERMON

QUE EN MEMORIA DEL MÁRTIR

## SAN DIONISIO AREOPAGITA,

Y EN EL ANIVERSARIO DE LA CONQUISTA

de esta M. N. y M. L. ciudad

DE

## JEREZ DE LA FRONTERA,

PREDICÓ

EL 9 DE OCTUBRE DE 1869,

EN LA IGLESIA DEL CITADO SANTO Y PATRONO,

EL BACHILLER

*Sr. D. Francisco de Lara y Arjona,*

CANÓNIGO DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE CÁDIZ, CATEDRÁTICO DE  
SAGRADA TEOLOGÍA EN EL SEMINARIO DE LA MISMA Y COMENDADOR  
DE LA ÓRDEN DE ISABEL LA CATÓLICA.

---

**JEREZ.**

IMPRESA DE «LA BANDERA CATÓLICA,» MERCADO 4,  
Á CARGO DE L. DE TORRES Y GONZALEZ.

1869.

---

---

*Non judicavi scire aliquid, nisi Jesum Christum, et hunc crucifixum.*—1.<sup>a</sup> AD CORINTHIOS, c. 2.<sup>o</sup>, v. 2.<sup>o</sup>

No he creído saber nada mas que á Jesucristo y este crucificado.—1.<sup>a</sup> *Epístola de San Pablo á los Corinthios, capítulo 2.<sup>o</sup> verso 2.<sup>o</sup>*

EXCMO. SEÑOR, SEÑOR ILLMO.

La antigua historia con la respetable autoridad de sus años y experiencia presenta hoy á nuestros ojos páginas santas, memorables é ilustres, que demuestran, cuán justificado es el testimonio del Apóstol diciendo, que sobre todos los adelantos y conocimientos humanos está la ciencia de Jesucristo crucificado, única que él desea, porque ciertamentè la sangre y el espíritu del Dios-Hombre, derramándose á torrentes, ha salvado la tierra, haciendo germinar la fé, la verdad y la civilizacion en todas las zonas, sin que jamás luz tan fecunda se haya debilitado ni por la persecucion, ni por el escarnio, ni por la muerte; antes bien, así se ha estendido centelleando y embelleciéndose en tal manera, que ese generoso im-

pulso que la religion, la libertad y la independencia nacional despiertan en el alma del hombre, si no está purificado con esa luz y enrojecido con el dolor y la sangre, se debilita y apaga tan pronto como la llama fugaz de los sepulcros: sin auxilio tanto, ni el mártir alcanzaria eterna palma, ni santas inmarcables coronas las fatigadas huestes.

No por otras razones, Señores, es tan memorable este dia para vosotros, pues que en él dos fechas sublimes, separadas por la distancia de mil y doscientos años, pero unidas y consagradas con fé y con sangre se estrechan con ósculo dulcísimo en el campo del evangelio, cual esas cristalinas corrientes que nacen de un mismo manantial, toman direcciones distintas, se ocultan en las entrañas de los montes y luego aparecen mezcladas, formando un solo caudaloso rio.

Vosotros, Señores, sabéis cuáles sean esas fechas de las que hago mérito; si: en la primera descubristis un hombre eminente en santidad y en ciencia, lleno milagrosamente de incansable celo, de trabajos y sangre, cuyos hechos bien meditados ofrecen la enseñanza de la renovacion que en el espíritu del hombre ha obrado la ciencia de Jesucristo, en la segunda contemplais á esta nacion grande y santa siempre, reparando con ardiente fé y enérgica fuerza los trastornos que un rey degenerado le ocasionara con sus excesos; admirais el valor, el heroismo de varones ilustres, que hoy á tí, ¡inclita ciudad! te dieron gloriosa vida engastando tu nombre, cual eslabon precioso, en esa hermosa cadena de triunfos civilizadores que hasta el presente han venido realizando los iberos creyentes y esforzados; es decir, contemplais todo lo que en el corazon de la sociedad ha realizado igualmente el espíritu de Jesucristo. En resumen, Señores, veis retratado en la historia á Dionisio, mártir cristiano, que alcanza por sus tormentos una corona inmortal; veis tambien ocho siglos y muchos mas de lucha, de sudor y trabajo, que con justicia reclaman una corona y una palma para esta nacion que tanto

ha sabido sufrir por el triunfo de su fé y por el enaltecimiento de su nombre.

En verdad son muy estensos los dos campos que se ofrecen á nuestra vista, grandes y fecundos como iluminados por el espíritu de Jesucristo, y como regados con pura y generosa sangre, ¡sangre bendita! que solo pudo conquistar un mundo para el cielo y un progreso fecundo para la sociedad.

Y bien, Señores; habiendo Jesucristo arraigado y embellecido tanto y de tal modo su espíritu en el hombre y en la sociedad por la influencia de su Cruz, justamente podemos hoy nosotros condensar un pensamiento, que deducido de tal antecedente y enlazado con la vida de nuestro Santo Patrono y con los hechos de nuestras antiguas conquistas, sirva de base á este discurso y revele todo el fondo de doctrina entrainado en los dos aspectos religioso y social de la festividad presente.

Ved, pues, ese pensamiento reducido á breves y sencillos términos: *La ciencia de Jesucristo crucificado ha engrandecido la tierra.*

Primero, *porque ha creado un nuevo espíritu en el hombre.*

Segundo, *porque ha creado igualmente un nuevo corazon en la sociedad.*

Crea un nuevo espíritu en el hombre, iluminándolo con la verdad, y crea un nuevo corazon en la sociedad regenerándola, ennobleciéndola.

La conversion, el celo apostólico, los frutos de este celo y el martirio de nuestro Santo Patrono, nos darán á conocer como Jesucristo ha creado un nuevo espíritu en el hombre, y la fé, los sacrificios, la sangre derramada por nuestros antiguos padres, con los felices resultados que tales sacrificios prestaron á este suelo pátrio, nos harán apreciar de qué modo Jesucristo haya creado un nuevo corazon en la sociedad: supremas y vitales influencias de la ciencia misteriosa de la

Cruz, que profundamente conocidas en toda su estension por el Apóstol, le hicieron decir, que no á otra ciencia servia ni en otra se gloriaba sino en la de Jesucristo crucificado, porque ella sola sobre todas instruye, vivifica y engrandece. *Non judicavi, etc.*

Señor: siempre Tú has inspirado al hombre los santos pensamientos, y yo, convencido de esta verdad, llevo confiado á tus plantas, seguro de que, no sabiendo ni pudiendo nada aisladamente, he de alcanzarlo todo si te dignas enviar á mi pobre razon un destello, aunque sea pequeño, de tu ciencia poderosa: y si Tú, Señor, para traer tanto bien á la tierra tuviste necesidad de una Virgen sublime, ¿qué he de hacer yo, indigno ministro tuyo, sino recurrir á ella, Madre tuya y Madre mia, para poder alcanzar la gracia que necesito? Caigamos, pues, de rodillas ante esa Virgen Madre, y con la misma fé y el mismo amor que el Angel la saludara, digámosla llena de gracia entre todas las hijas de los hombres. *Ave María.*

---

---

EXCMO. SEÑOR, SEÑOR ILLMO.

El Rey de los mártires murió en un afrentoso y duro suplicio para redimir al género humano y darle testimonio de la verdad: todos aquellos que por Él han muerto en el mundo confirmaron el mismo testimonio, que por ser tan multiplicado y tan bello puedo aseguraros hoy, que el espíritu y el ejemplo de Jesucristo es la ciencia que ha cambiado los sentimientos y las tendencias del espíritu del hombre, ciencia que mas se estiende y sublima á medida que la humanidad va conociendo y gustando la dulzura de los dolores y tormentos cuando son bebidos en el mismo cáliz de Jesucristo; y es, Señores, que la sensualidad ha necesitado siempre martirio y sangre para purificarse; por eso la Cruz del calvario ha sido el freno que domó la tierra y el faro con cuya luz se ha transfigurado el espíritu de la humanidad. Así se explica que la Cruz, centro de toda verdad y civilizacion, se levantara en oposicion radical á todas las sociedades antiguas; no á la manera que se levantaran Nabuco y Alexandro, ni como Aristófanes en la senectud de Grecia ó Luciano en la de Roma, y si con un poder dulce, celestial, irresistible, semejante no mas que á sí mismo, pues que la Cruz era enemiga de todos

los errores; pero enemiga de un nuevo género desconocido para el mundo, enemiga de paz, y aun así, como su tendencia era dar sepultura á la sinagoga y muerte á los ídolos, fué reputada de escandalosa y loca, fué escarnecida por los fariseos y antiguos sacerdotes, del mismo modo que hoy es tratada de oscurantista, porque condena los desvarios de la razon de esos que se llaman *fuertes*; mas la Cruz ni temió ni temerá nunca el odio de los antiguos ni de los nuevos escribas, ni la maldicion de la barbarie, ni el anatema de la mentida sabiduría, que ella con sobrehumana fuerza vence, dando nueva forma social á la tierra, fundiendo en su molde á todas las razas, y al fin el mundo caerá de rodillas ante ella con la misma facilidad que la sinagoga, el paganismo y la antigua filosofia se retiraron y hundieron á su empuje.

Tal es, Señores, el glorioso triunfo que, con su accion indeficiente, realiza el Rey de los mártires perpetuándolo en cada siglo, creando y purificando así con la fecundidad de su sangre el espíritu del hombre.

Pero no debo retardar por mas tiempo el pronunciar un nombre ilustre, centro donde hoy se dirijen nuestras miradas y en el cual podemos estudiar sobradamente la verdad que venimos tratando. ¡Inmortal Dionisio! Tú eres el héroe de quien hablo, astro brillante que reflejas toda la milagrosa influencia del espíritu del Dios crucificado.

Señores, no os diré nada de la nobilísima estirpe de ese hombre eminente, honor de Thracia, nada de su preclaro talento, de su elocuente palabra como filósofo y magistrado profundo, sólo os diré que su brillo, su valer, su ciencia entonces estaban oscurecidos por las sombras del gentilismo; mas no importa: así como en un cuadro las bellezas brillan entre las sombras, estas en la vida de Dionisio no solo dejan adivinar al creyente, al obispo y al mártir, si que tambien prueban que el espíritu humano no puede resistir cuando es tocado por la mano de Jesucristo.

Dionisio fué un sábio nacido en la cuna de la supersticion, es verdad; pero animado siempre por arranques sublimes, era un génio superior á su nacion y su época, y tales génios, para desarrollarse, necesitan sacudir de sus etéreas alas el lodo de la tierra; que solo así puede volarse por los dilatados y puros horizontes de la verdad única y santa. Contempladle despues que renuncia á su posicion, su dignidad y sus honores; vedle escarnecido, espuesto á la burla y á la muerte, y en las aspiraciones de su ciencia comprendereis dos cosas importantes, á saber: que la razon mas fecunda y afortunada, si vive en el error, está muerta, y que los hombres no son héroes ni aparecen grandes sino cuando están iluminados por la fé y purificados por los trabajos, por la persecucion, por el dolor y por los tormentos.

La desgraciada Atenas siempre le habia admirado y mil veces Dionisio, desde la presidencia del Areópago, habia recibido las aclamaciones del pueblo entusiasmado al escuchar sus profundos y sentidos discursos; pero ¡qué mudanza! Cuando lo vió humilde y confundido en el número de los creyentes, las aclamaciones aparecieron convertidas en iras y ultrajes; mas la poderosa mano que lo levantára de la muerte, del error y del vicio para comunicarle la vida de la verdad, lo habia hecho fuerte y comenzaba á gustar por Cristo la dulzura de los sufrimientos: si en adelante le han de llamar justo con mas razon que á Sócrates, no temerá beber como aquel la cicuta; si se le amenaza con el furor de los dioses, rechazará el honor de aquellas divinidades, que, formadas por la mano del hombre, no son mas que un sarcasmo á la fé y á la ciencia; si los arúspices le aseguran que perecerá en su empresa, no se turbará tampoco, porque las estrellas, el vuelo incierto de las aves y las entrañas humeantes de los animales, ya no profetizarán jamás; que las pitonisas quedaron mudas, y sus frentes heladas y ocultas entre sus manos, no saben combinar una idea, porque desde el oriente de la fé ha

brillado el sol de la verdad y la justicia Cristo Jesús, y la noche del error se retira para dejar su puesto al cristianismo al modo que las sombras huyen y las estensas y florecientes campiñas sacuden su oscuro manto cuando el sol se levanta de su lecho en la mañana.

Así el espíritu de Jesucristo se estendia por toda la tierra. Dionisio apareció de repente iluminado, y era que, la acción divina de la gracia y del evangelio debía manifestarse no solo destruyendo los altares profanos, sino triunfando de la razón de los sabios, para que acontecimientos tan solemnes fuesen un testimonio vivo de la influencia de la Cruz, y para que tales hombres fueran cual misteriosos resortes movidos visiblemente por la mano de Jesucristo, que levantasen la sociedad á la altura civilizadora de la verdad católica. Y ¿cómo no?

Muy errado debe estar el que juzgue que Dionisio, y los mil géneos que Dios suscitó semejantes á él, ejercieron su influencia sobre los pueblos á consecuencia de combinaciones científicas. Sabios fueron Platon y Aristóteles, Sócrates, Licurgo y Solon, que aun en medio de sus aberraciones ofrecen conceptos dignos de la elevación de sus géneos; pero con toda su ciencia no supieron ni pudieron cambiar el modo de ser de las sociedades en que vivieron: ¿qué, Señores, adelantaron mas tarde Tito Quinto Flaminio, con todos sus conocimientos políticos, dando libertad á la Grecia? ¿qué Homero con todo el génio capaz de producir la magnífica epopeya sobre el sitio de Troya y sobre las aventuras de Ulises? ¿qué Pitágoras, de tanto renombre en la filosofía, dando impulso á la moral y las matemáticas? ¿qué Píndaro con sus himnos, Esopo con sus fábulas, Eurípides con sus tragedias y Aristófanes con su imaginación profunda? ¿qué? Bien lo sabeis vosotros, purificaron la moral pagana, pero con la prostitución de un culto de licencia y extravagancia, porque ni la decantada ciencia de Grecia, ni la misma legislación romana, que bien

pudiera decirse esmalte de la civilización antigua, pudieron prevenir la disolución de costumbres, cáncer mortífero y hediondo que consumía la triste vida de aquellas antiguas sociedades: triunfo semejante no ha estado jamás á los alcances del hombre; renovar y cambiar el espíritu humano es un milagro y solo puede ejecutarlo Jesucristo; las leyes serán todo lo mejor y mas perfectas que se quiera, la jurisprudencia elevada á su mayor esplendor, los jurisconsultos animados de los mas puros sentimientos; pero colocada á esos jurisconsultos en un pueblo que tenga corrompido el corazón, tratada de aplicar allí esas leyes y vereis á la corrupción misma ser la roca contra la cual se estrellarán siempre la perfección de las leyes y los esfuerzos de los magistrados.

¿Queréis saber qué ciencia, qué poder, qué fuerza es la que triunfa del hombre y engrandece su espíritu? Pues vedlo de bulto, Señores.

Había en Jerusalem un hebreo, de la tribu de Benjamin, poseído de un odio inhumano contra Jesucristo y sus nuevos discípulos, de quienes era perseguidor, y no satisfecho con haber conseguido y presenciado la muerte de Esteban ni con los muchos estragos que había causado, pidió permiso y cartas á la sinagoga para correr á Damasco y borrar allí hasta la memoria del Cristo; con idea tan fiera y corazón tan obstinado, monta en su caballo, y cuando iba por el camino, ya cerca de la ciudad, de repente se halló circundado de una claridad irresistible, y cayendo en el polvo como si un rayo lo hiriera, oyó una voz que le decía: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» ¿Quién eres, Señor? responde Saulo. «Yo soy Jesús á quien tú persigues.» Y él, entonces, estremecido y absorto, contesta: ¡Señor! ¿qué quieres que haga?

¿Qué había de querer Jesucristo? Crear con su espíritu un nuevo espíritu en Pablo, constituyéndole en apóstol que llevara su nombre desde Jerusalem á Ilyrico, mudar su espíritu para comunicarle una ciencia sublime, de la cual pudiera dar

testimonio á sus hermanos y decirles: «Soy judío como vosotros, discípulo de Jesucristo como vosotros, apóstol doblemente que vosotros en portentos, en señales, en trabajos, en persecuciones, en cárceles, en azotes, en plagas sin medida, poseyendo la ciencia del Maestro Divino y gloriándome mucho con ella...»

Alguno habrá creído que yo trataba hacer el panegírico del Apóstol, olvidando á nuestro Santo Patrono; pero no, Señores, era que, sin la influencia de Jesucristo en Pablo, no podía yo explicarme cómo Aquel puede crear un nuevo espíritu en el hombre, así como sin la regeneración de Pablo y sin su predicación, no comprendería tampoco la transformación, la santidad y celo apostólico de Dionisio. ¡Ah!... Cristo es el sol, Pablo la tierra, Dionisio el fruto: Pablo planta, Apolo riega, Dios dá el incremento, Dionisio se arraiga y embellece: Cristo es la gracia, Pablo el medio, Dionisio el resultado: Pablo el cuadro, Dionisio la copia; Aquel el maestro, este su discípulo...

¿Y qué dirá de todo esto el espíritu rebelde y orgulloso del hombre? Solo deberá admirar, callar y convertirse.

Traspassaria los límites de este discurso si yo me empeñase en detallar los multiplicados portentos de la vida de Dionisio, para que viérais en él una imagen perfecta de Pablo, una misma renovación de espíritu por una misma gracia. Os diré, solo, que Dionisio fué dignísimo discípulo de tal maestro y que su dura mortificación, sus crueles persecuciones, sus eminentes virtudes, su continua predicación, todas sus singulares dotes le hicieron comenzar por donde muchos santos han concluido. Pablo no pudo menos que apresurarse á consagrarlo príncipe de la iglesia de Atenas, y cuando la unción sagrada habia impreso el divino carácter sobre la frente de tal héroe, levantóse más fuerte y más glorioso; redobló entonces su oración y tierna solicitud para con todos sus hijos, y mientras que su cayado derribaba los soberbios ídolos de

Grecia y Francia, su palabra viva y eficaz atraía innumerables gentes, que, al recibir los consuelos de la verdad, bendecían á Jesucristo, cuyo espíritu se comunicaba á Dionisio para darles en él un padre, un amigo y un salvador; y no creáis que sus trabajos se encerraban en el recinto de Atenas, no; para un corazón grande como el suyo era estrecho el mundo todo, y si hay dos corazones que convertir, uno donde el sol sale y otro donde se pone, á ellos acudirá Dionisio, venciendo con incansable celo todos los obstáculos; atravesará montes y desiertos; apaciguará el furor de las fieras, obrará mil prodigios, en todas partes hará resonar su palabra bendita. Maratón, la ciudad inmortal por la victoria de Milciades contra los Persas, tendrá mil corazones que se rindan á la misma fé de Dionisio: Eleusis desalojará de su templo á Proserpina y Ceres y sus preciosidades en ruinas serán trofeos gloriosos de la santa influencia de Jesucristo: igual suerte cabrá á Coronea, donde Agesilao venció á los de Atenas: á Leutra, famosa por las victorias de los Epaminondas, y á Delfos, celeberrima por su templo y oráculo: la Doride, recostada á la falda del monte Oeta, recibirá igualmente el calor vivificante de la fé y será cuna de cristianos como lo fuera de la raza Dórica; Olimpia no entrará mas en su templo de Júpiter y abandonará sus juegos, para correr tan solo en el estadio cristiano; y Fliunte, la famosa en vinos, Eubea en mármoles, Corinto, de proverbial riqueza, y Chipre, cuya tierra manaba oro, esmeraldas y plata, todas serán evangelizadas por Dionisio ó Pablo, ó por preciosísimas y edificantes cartas.

Señores, ved los triunfos que no ha podido ni podrá alcanzar toda la sabiduría humana y que con tanta facilidad son conquistados por el espíritu y la ciencia de Jesucristo.

¿Y no es verdad que la parte del cuadro que venimos contemplando es suficiente para deducir la gloria que alcanzará Dionisio? ¿No es cierto que el sudor copioso con que el



trabajo de su apostolado bañó su frente y cada una de las lágrimas que derramó y de las persecuciones que tuvo que sufrir, y que con tanta humildad soportó, son gloriosa prueba que acreditará eternamente la divina influencia de la verdad del evangelio? Es claro que sí, Señores; pero todavía hay otras razones no menos poderosas.

Dionisio, sembrando en aquellas apartadas regiones el grano misterioso de la mostaza, de que nos habla el evangelio, tenía necesidad de regarlo con un fecundo rocío, para que produjese inmenso árbol. ¿Y sabéis cuál sea ese rocío? Dígalo una bella figura del antiguo testamento.

(1) Hubo, señores, en el antiguo pueblo una muger llamada Tamar, hecha madre por Judá hijo de Jacob, é instando el parto aparecieron en su vientre dos gemelos, de los cuales uno asomó una mano en que la diestra partera ató una cinta de grana, diciendo: *«este es el primogénito, el mayorazgo;»* pero el infante ocultó seguidamente su manecita y dió lugar á que naciera primero el otro hermano suyo. Ahora bien, aunque siento no poderme detener cuanto esta figura merece, brevemente (por la doctrina del Apóstol á los de Efeso y por el sentir de los Padres,) os diré con ella cuál sea el rocío de que os hablaba.

En aquellos gemelos estaban figurados dos pueblos; en Pháres, primero que nació, el pueblo judío, y en Zara, primero que manifestó su mano, el gentil y Jesucristo. Jesucristo, influyendo con su espíritu ayer y hoy, siendo realmente el primogénito que en todos los siglos, en la figura y en la realidad, ha presentado su mano ligada con cinta de púrpura, mano que figuró su espíritu, cinta que reveló su sangre, sangre que desde el principio de los tiempos, y antes del nacimiento del verdadero y milagroso Zara, ha venido derramándose por un ódio igual al de Pháres contra Zara, al del er-

---

(1) C. 38 del Génesis y S. Pablo á los de Efeso.

ror contra la verdad; sangre vertida desde Abel hasta los profetas y desde estos hasta el Calvario, para que por medio de ella Jesucristo se constituyera en príncipe y libertador del espíritu humano, arraigando así en la conciencia del hombre las creencias y el espíritu mismo de la verdad.

Ya os he dicho, señores, cuál era el rocío fecundo de que hice mérito; con él Dionisio tenía necesidad de regar la semilla que había esparcido, pues desde el Calvario debía correr un torrente de sangre, que engruesándose en cada siglo, en cada nación y en todas épocas, formara el río misterioso de la vida que hace fecundo el campo del evangelio. ¿Y por qué tan fecunda esa sangre? Porque se entrega generosamente por la verdad y Dios la bendice y fructifica: por eso el Brahamanismo inundando de sangre al Oriente, el Paganismo, Mahometismo y Protestantismo derramando la cristiana, todos han muerto, porque no son la verdad; el Brahamanismo con sus mitos, el Paganismo con su barbarie, el Mahometismo sepultado en sus fragosos desiertos, el Protestantismo deshecho al contacto católico: mas no así el Cristianismo, que perseguido, ultrajado y acuchillado siempre, siempre vive una vida inmortal, lleno de juvenil hermosura; así fué que cuando Dionisio cae humilde ante sus verdugos y recibe tan dura muerte, Dios le levanta del polvo, para que, llevando su cabeza en sus manos, llene de pavor á sus verdugos, de esperanza gozosa á sus hijos, de honrosos timbres á la verdad porque moria, de eterna memoria á su nombre bendito, alcanzando una palma de las que el Eterno prepara y reparte entre aquellos que saben triunfar del error, del crimen y de la muerte.

¡Inclito mártir! Gozaos eternamente en la gloria, mientras que nosotros, hijos tuyos, por uno de tus muchos milagros, en torno de tu altar bendecimos tu fé, tu constancia y tu nombre; gózate, sí, que tu triunfo en la gloria dice, mejor que yo, hasta donde puede llevar al espíritu la doctrina

de Jesucristo, pues esa es la última transformación que recibe el alma, merced á la influencia de la Cruz.

Y vosotros, Señores, antes de concluir esta primera parte, permitidme que haga una última ligerísima consideración.

¿Sabeis hasta dónde se ha extendido en el mundo la influencia del martirio? ¿Cuánto ha embellecido al espíritu humano la ciencia y el ejemplo de Jesucristo?

Os diré no mas, que por el martirio y por la sangre no solo se ha salvado el género humano, si que tambien, hasta puede decirse, y permitaseme la palabra, han sido redimidas las artes y las ciencias. Las almas grandes, cuyo destino es el cielo, educadas en la sangre y en los tormentos de los mártires, saben que se regeneran y engrandecen cuando son regadas con sudores y lágrimas: la vida, la historia del hombre que no está bañada con tan fecundante rocío, aparece árida, estéril y espantosa, como esos arenosos desiertos donde no se encuentra vejetación porque jamás en ellos hubo agua; por eso el trabajo, el sufrimiento y el martirio son bendecidos por la religion cristiana, y Dios premia y bendice tambien el sudor que destila la frente honrada del obrero y del artista; que sin esa bendición y ese premio el trabajo y el dolor solo serian un castigo, un anatema lanzado contra la pobre humanidad, ante el cual esta se detendria sin la vida, sin esperanza, sin triunfos en el camino de la fé, de vilización y de la industria; así es como los mártires con su sangre no solo vencieron reinos y obraron la justicia, si que tambien engrandecieron la humanidad con inmortales conquistas, y engrandecida é ilustrada tan ricamente la razon, las ciencias jurídicas supieron tender protectora mano á la desgracia, ampliando los favores y restringiendo la dureza de las leyes: el hombre aprendió á conmoverse y á derramar una lágrima sobre el dolor ó el infortunio, y se sintió inspirado para crear las bellezas de la leyenda; y las artes recibieron gloria y adquirieron fama cuando el sentimiento y

el arranque mas profundo del corazón fué estampado en las notas de un triste cántico, ó entre las sombras desgarradoras de un cuadro, que el dolor y el martirio dominaron siempre en los espíritus grandes. ¡Oh!... ¡cuán sublimemente habló el Apóstol no queriendo mas ciencia que la del Cristo del Calvario!... Sí, Señores, porque todo lo que en el mundo existe de santo y civilizador es hijo de esa ciencia venida del cielo; ella sola pudo convertir en ruinas los errores del antiguo Oriente: ella, de aquel amor á la belleza que entre los griegos produjo á Homero y Sófocles, á Apeles y Zeuxis, Fidias y Praxiteles, ha hecho la hermosa transfiguración espiritualista del arte cristiano: ella llenándolo é ilustrándolo todo, aunque perseguida siempre, hizo que Roma, mientras trabajaba por el derecho de la fuerza, crease la fuerza del derecho, vivo siempre sobre el progreso de toda la humanidad: ella, en fin, prestó floreciente cultura á los siglos medios, dió luz, ensanche y progreso fecundo á la filosofía cristiana, concluyó el odio anti-social de raza, hizo del mundo una familia, dió unidad en el derecho, renovando así el espíritu del hombre, y en tan alzada esfera, que en política produjo las cruzadas, esos milagros del amor cristiano; en artes obró prodigios tambien por todo el mundo, desde el pasmo de Sicilia de Rafael hasta las torres y cúpulas altísimas de Miguel Ángel; en ciencias produjo la maravillosa suma del Ángel Maestro, las obras de los Padres, las bellísimas apologías cristianas, las partidas inmortales de aquel rey de Castilla que despues de Salomon mereció solo el renombre de Sábio, y millones mas de gloriosísimos monumentos que probarán siempre el cambio civilizador verificado por Jesucristo en el espíritu humano.

Pero hay mas: Jesucristo no solo ha creado un nuevo espíritu en el hombre, sino que además regenera la sociedad, creando en ella un nuevo corazón: idea que paso á desarrollar en la segunda parte del discurso.

---

---

Un destello, una inspiracion de aquella generosidad, de aquel heroismo que llevó al suplicio á los mártires, hizo que nuestros padres corrieran entusiasmados á los campos de batalla para derramar su sangre, creando así los mas fecundos principios del engrandecimiento social.

¡Jerez! ¡Noble ciudad! Ya es tiempo de recordar tu honor y tus virtudes, tus glorias é hidalguía. Tu feracísima vega, ceñida por tu rio cómo por una faja de limpio cristal, hoy nos ofrece sus dos faces memorables y mudamente en ellas nos esplica profundas y elocuentes enseñanzas.

Imposible parece, Señores, que un deshonoroso ultraje, inferido por Rodrigo á la hija de un noble caballero, hubiera sido causa de aquella antigua afrenta del Guadalete, en la ruina de esta nacion siempre tan grande y esforzada; pero lo fué, porque tal ultraje habia sido lo que una chispa de fuego al caer en un parque lleno de materias inflamables, que lo desmenuza y lo vuela, y así es, que contándose por desgracia en la historia tantos Rodrigos y Cavas no aparecen las consecuencias de los primeros, que cuando el fuego no halla combustibles, entonces no produce esas catástrofes espantosas.

Admira, sin embargo, que los árabes en un combate de siete dias pudieran vencer á España, que no se dejó rendir

del todo por los romanos, y cuyos godos de esforzado valor, uncieron á su carro á tantos conquistadores de Europa.

Pero ¿eran españoles los que se dejaron atar las manos con la durísima cadena de tan penosa y larga servidumbre? Éranlo, sí; pero españoles degenerados, godos que olvidaron su fé, su honor, su abnegacion, su patriotismo, y conculcado habian los fundamentos de su libertad, olvidando las glorias sobre las que se asentaba su monarquía, y perdidos, sin accion tan poderosos resortes, viéronse divididos en banderías humillantes; y no os molestaré refiriendo la historia, porque sabeis vosotros, que desde Chindasvinto hasta Rodrigo puede decirse que cada trono fué un crimen y cada grada un arroyo de sangre y un monton de cadáveres. A la parte allá de nuestros mares, multitud de nobles godos comian el amargo pan del ostracismo, aquí sus deudos se agitaban secretamente, allá los mahometanos triunfaban en mil combates, y ese combustible mortífero que el ódio amontona, que la intriga aumenta y que escondido en la zapa se rie del valor, fermentaba bajo el trono de Rodrigo, y por eso la siempre reprochable conducta del señor de Consuegra fué la tea que produjo el incendio, pereciendo en tí ¡Guadalete! el esfuerzo militar, en tí la fama del tiempo pasado, en tí la esperanza del venidero, hundiéndose para siempre en tus aguas el robusto imperio de trescientos años...

¡Naciones todas! Grabad para siempre en lo profundo del alma tan amarga y profunda leccion, que para vosotras y por vosotras se encuentra impresa en la historia con tan infaustos y sangrientos caracteres: los imperios y las repúblicas se forman y se elevan, pero el abuso de su prosperidad y de sus libertades fué y será siempre la tisis funesta que les produzca la muerte; con virtudes y fé se sostienen solo y se salvan los reinos: con vicios é incredulidad se precipitan para siempre en abismos profundos.

¡Oh pueblos que correis en pos de llamamientos ó de

venganzas crueles'... No olvideis jamás los principios de vuestra fé religiosa, porque os encontrareis, como los godos esforzados, sin unidad, sin libertad y sin grandeza, único sublime pedestal donde se funda y crece la vida y la gloria de las sociedades.

Los árabes, Señores, al dominar nuestras comarcas, hacían sentir mas dura cada dia su bárbara dominacion; nuestros templos quedaron profanados (menos que ahora); nuestra libertad habia huido llorosa, llevando en su cuello pesada cadena; el valor de nuestros padres estaba escarnecido y manchada su honra con el ultraje de sus esposas y sus hijas; la religion no existia fuera del pecho de aquellos antiguos ilustrados creyentes; España, en fin, habia quedado fluctuante sobre el soberbio oleaje de aquella espantosa revolucion, como sobrenadando en el mar los restos de una familia náufraga, y todo, todo habia perecido en aquella borrasca escepto el amor y la ciencia del Dios crucificado; este amor, esta ciencia, esa fé estaba encerrada en lo profundo del alma, y por hallarse tan comprimida y ser tan abundante, se inflamó al rozarse con los montes de Asturias, y prestó vida y fuego á los náufragos y les dió unidad, fuerzas, valor, triunfos, civilizacion, libertad, glorias.

¡Inclita pátria! ¡Qué sensaciones tan profundas traes al corazon de tus hijos amantes! ¡Pátria querida!... Tú, esmalte de la fé desde la predicacion de Pablo y Santiago... tú, regada con sangre de mártires desde la dominacion romana hasta tus tiempos visigodos, estuviste pronta á ser mártir tambien en tu penosa lucha de ocho siglos contra los hijos del desierto. Y qué... ¿peleó España ocho siglos?... ¡Sí!... Pues para reñir batallas ocho siglos, claro es que el corazon de la sociedad debe estar animado por una idea celestial, que en nada participe de la volubilidad ó inconstancia de la tierra. Ciertamente.

Tal idea es la fé religiosa, embellecida con una sé-

rie de martirios sin término, formando un rio de sangre, que hace fructificar luz y verdad por donde quiera que pasa, idea productora de la fé social, que ha formado tambien un martirologio sublime donde todos nuestros padres han dejado escritos sus nombres, porque prestó unidad de ideas inquebrantable al corazon de un puñado de esforzados caudillos, y los que sin ellas fueron débiles, despues con su influjo arrollan los pendones de todos los campos, se agrupan en derredor de un solo estandarte, que solo así pudo conquistarse la libertad de la pátria, joya preciosísima que el árabe habia engastado en su orgullosa Media Luna. Y... ¿cuánto no puede decirse del engrandecimiento que á esta nacion suministró su fé?

Si en tanto que yo os hablo de vuestras conquistas hay alguno que juzgue falta de virtud y de civilizacion la espulsion de los árabes, deténgase un momento y compare los brillantes recuerdos de esa ardiente zona tendida á la parte allá de nuestros mares; compare, sí, la primitiva iglesia de Africa con el triste espectáculo que ese país ofrece ahora, y verá cuán justa y sábica fué la idea, el heroismo de nuestros padres arrojando á aquellos bárbaros cuya civilizacion fué y es el oscurantismo, la prostitucion, la poligamia y la sangre, y cuyo culto es la soberbia, la estupidez ó el sarcasmo de un falso profeta. No penseis jamás en deshojar los laureles esculpidos en los venerandos sepulcros de aquellos antiguos esforzados varones, abultando á nuestros ojos los bienes que podria haber derramado en nuestro suelo la civilizacion árabe, y olvidando que ella fué una civilizacion sanguinaria, material é incompleta, que fuera de las dinastias Beni-omeyas y Abasidas no vuelve á encontrarse jamás, porque la sensualidad, el materialismo y despotismo no son otra cosa que decaimiento, anarquía y muerte para los pueblos, y estos solo viven, triunfan y se regeneran por la influencia de la Cruz; esta sola crea fecundo corazon para la sociedad. Dadme fé,

mucha fé arraigada en el alma y yo os daré al momento una civilizacion perfecta y permanente ; pero dadme materialismo, sensualidad, despotismo ó licencia, no mas, y entonces solo podré ofrecer os anarquía, miseria y muerte. Pero yo me distraia en un asunto que está impreso en la conciencia de todos creyendo que aquellas obras gigantes de valor y de fé, que nuestros abuelos consumaron, y que nosotros tan pigmeos, tan desunidos no podremos realizar jamás, creí, repito, que podrian ser oseurecidas y manchadas por el lodo inmundo de las pasiones; mas no es así, dispensadme, Señores. ¡Oh! No: los supremos esfuerzos que arraigaron el árbol frondoso de nuestras libertades y engrandecimiento, desde los dias inmortales de Pelayo, siempre serán recordados con admiracion y entusiasmo, siempre bendecidos por los pechos nobles y agradecidos. ¡Quién pudiera citar los nombres y los hechos todos de aquellos religiosos, preclaros caballeros!..... pero no es preciso para que vivos estén siempre en el fondo de nuestros corazones, no: las glorias de Alange, Clavijo, Mérida, Talavera, Simancas y Caltañazor derrotando á los Omniadas, cuyo imperio fué hecho pedazos para siempre en su último rey Heschan tercero, no se eclipsarán jamás; los triunfos de Toledo, Sepúlveda, Calatrava y Tajo destrozando á los Almoravides, á aquellos fieros hijos del Atlas conquistadores de Féz y fundadores de Marruecos, esos triunfos no se olvidarán nunca: los timbres honrosisimos de las Navas, Córdoba, Sevilla, Tarifa y el Salado, derrotando á los Almohades, siempre conservarán un nombre eterno, que ese premio merecen los héroes que supieron vencer en Mahomet-Enazir y sus antecesores á los poderosos dueños de Africa y España, fuertes en Granada y Trémecen, Túnes y Trípoli; por eso cada una de las gotas de sangre derramadas en aquellos combates las ha contado el génio, leyendo en su multiplicacion los esfuerzos y los quilates de la fé y de la generosidad de tantos nobles y fecundos corazones creadores de nuestra na-

cionalidad, de nuestro engrandecimiento y de nuestro honroso nombre español.

Señores: rebuscad, si podeis, los cadáveres de los Witisas y Rodrigos, leed los epitafios que escribieron sus crímenes, mas frios que las cenizas de que hacen mérito; pero dad tambien una ojeada por los campos que citados dejo, y por los laureles que en ellos han brotado y por la gloria deducireis, que en los pueblos virtuosos animados por la fé de Jesucristo siempre hubo fuego, grandeza y heroismo, pero todo crímenes, derrotas y miserias en las sociedades movidas por el orgullo, el interés y el vicio, sí: el crimen siempre engendrará solo la afrenta, mientras que la ciencia y el amor del Dios crucificado prestará luz y vida conquistando reinos, que con sangre de mártires consagrará y hará fecundos, (pues si mártires fueron aquellos que por Cristo entregaron sus vidas, mártires son igualmente, dice San Bernardo, todos los que mueren en el campo de batalla, que como bien aventurados se llaman los que mueren en el Señor, necesariamente han de serlo tambien los que mueren por su ley, por su nombre y por la gloria de su patria.) Apartad á un lado la fé y el martirio y vereis consumirse y morir las sociedades; pero restableced tales principios en los pueblos y vereis que brotan héroes como Alfonso el Católico, Fernan Gonzalez, Alfonso el Batallador, el Cid, Alfonso sétimo y octavo, Fernando el Santo, Alfonso el Sabio y Alfonso once; restableced la fé y el amor que ella produce, y la muerte de tan ínclitos reyes y caudillos será llorada con llanto sublime como el de David sobre la tumba de Jonatás, como el de Judá sobre el cadáver de Judas Macabeo, y como el de Israel en torno del sepulcro de Josías; solo por la fé se llora y se muere con augusto dolor, sí; por ella solo se lanzan al espacio soberbios templos como los romanos, hasta la restauracion, los bisantinos y los góticos hasta el renacimiento: por ella, no mas, se levantan cruzadas que derramen con placer la sangre y

que esgriman lanzas ocho siglos desde Covadonga hasta Granada. ¿Y no podré aseguraros que la fé, esa ciencia augusta de la Cruz, ha engrandecido la sociedad creando en ella un nuevo corazón? Sí: y por ella también aquellos antiguos reyes, llenos de polvo, de sudor y de sangre en los campos de batalla, no se olvidaron del engrandecimiento de sus pueblos con el estruendo de los combates, que nuestra historia jurídica, nuestras antiguas cortes y nuestros antiguos municipios, lo dicen derramando gloria sobre aquellos reyes, primeros y vitales motores de una fecunda civilización, que impulsada por tan poderosa fuerza creó, por decirlo así, el cuerpo y el alma que ya aparecieron con bellas formas al terminar el siglo quince.

Señores, todo lo que es encantador y dulce engrie al espíritu, y yo por eso no me atrevería á retirar mi vista de esas hermosas y risueñas perspectivas de la historia, si nó supiera que al fijar mis ojos en otros de sus muchos parajes he de hallar también bellezas aun más nobles y elevadas en fé, en triunfos y en virtudes.

¡Oh! ¡antigua y nobilísima Asido!... ¡Inclita y leal Jerez!... pura esmeralda, tu valor, tu esperanza y tu fé también están gravadas con oro en el gran libro de las conquistas. ¡Alfonso diez! yo pronuncio con respeto, con amor y entusiasmo tu nombre, rey famosísimo, que, sin soltar jamás la espada, supiste asentar la sabiduría en tu trono; él, señores, desató las cadenas á vuestros padres esclavizados por fieros enemigos: él, dos veces en este memorable día, los llevó á conculcar triunfantes el orgulloso cetro de Aben-Ubeit, y muchos otros en cien ciudades: él, con talento sin ejemplo, supo ganar la voluntad de su enemigo Aben-Alhamar, rey de Granada vencido en Sevilla por los Muslimes, obligarle á que le ayudara con sus mejores soldados para dar libertad y nombre eterno á esta hermosísima ciudad. Y no contaré, que lo sabéis vosotros, el heroísmo de Ferdelan, caudillo de cristianos,

limpiando al Guadalete de su antigua afrenta con el degüello de multitud de moros: ni el memorable triunfo de D. Fernando de Molina aprisionando en la espaciosa vega á un millón de cautivos con las mismas cuerdas que aquellos prepararon para los nuestros: ni os diré el esfuerzo prodigioso de D. Gomis: ni presentaré los laureles de Rédíra, Tempul, Majaceite, ni los de mil más gloriosísimas jornadas: ni referiré esa multitud de religiosos y valientes capitanes, cuyos nombres y cuya sangre lleváis, porque no es posible numerarlos todos, y parecería ingrato omitir algunos; solo os diré, que la idea que los llevó al combate tantas veces fué pura como el espíritu mismo de Pelayo; idea generosa, fecunda cual lo fué su sangre; pura, sagrada y grande como lo dirá siempre la erección de tu antigua y nueva colegial, la de tus hermosos templos parroquiales y esas profundas creencias que de ellos heredasteis y que en el alma arraigadas están hasta el presente día.

¡Jerez!... ¡Gloria por tanto á tí!... Hoy todo con elocuencia habla en favor tuyo ¡hermosa ciudad! ¡Perla de Andalucía! ¡Frontera invencible por tus esfuerzos y tu fé!... ¡Glorioso día!... Hoy Abenabit, arrodillado en tu campo, entrega las llaves de tus puertas, y el inmortal Alfonso cubre con sus valientes la plataforma de tus muros, porque tu suelo siempre fecundo fué en valor é hidalguía como lo es en ricas producciones; las almenas de tus vetustos torreones y esos castillos y leones que ciñen el oleaje de tu escudo son recuerdo dulcísimo de la invencible fortaleza de tus hijos, y ese estandarte, regalado por las manos del rey Alfonso y después teñido y consagrado con la sangre de generosos mártires, es el testigo que la fé presenta hoy en su templo, para que en él aprendáis cuál es el camino que conduce á la gloria y de donde brota la vida que regenera, liberta y engrandece las sociedades; miradle y bendecidle, jerezanos, es el símbolo sublime de vuestra vida, de vuestra libertad, de vuestras creen-

cias, de vuestros nombres y fortunas; en él, mejor que en vuestras crónicas, se lee la historia de aquellos trescientos caballeros que os dieron todo lo que sois y tenéis; en las gotas de sangre con que está teñido se lee el poema de la mas dulce gloria; contempladla, estudiad ese poema, que enseñanzas virtuosísimas contiene para el seno de la familia, para el engrandecimiento de la sociedad, para la defensa de la fé, de la justicia y de la independencia; grabad esos grandes ejemplos en lo mas íntimo del corazón, porque si no lo haceis de esta manera, solo habreis heredado un nombre, una fortuna, pero no una inmensa gloria. Probad con vuestra virtud, caridad y patriotismo, que todavía esta ciudad feliz cifra su mayor gloria en contar el número de sus hijos por el de sus santos, sus héroes y sus mártires, no olvidando jamás que las obras de la civilización siempre fueron hijas de la virtud y de la fé; por eso, esas hordas salvajes africanas peleando por el espíritu de su religion fanática, por el odio anti-social de raza, por el loco ensueño de sus falsos cielos y quiméricas sultanas, se estrellaron contra la firme roca de la fé de nuestros padres...

¡Oh! ¡Qué contraste tan hermoso se presenta aquí al corazón regenerado por la ciencia de Jesucristo! Nuestro suelo convertido en arroyos de sangre: nuestra fé prestando multitud de mártires á la crueldad de los herejes, á las irrupciones de los bárbaros y al alfange de los mahometanos; y nosotros, en medio de tan grandes trastornos, encerrando á los árabes en sus desiertos, como en un oscuro sepulcro: conservando nuestro suelo en todo su vigor la fé y la disciplina de la iglesia romana, no desfiguradas jamás ni por Arrio, ni por los Priscilianistas, ni por Félix ni Elipando, ni por reglas apócrifas, ni falsas decretales: y nuestro clero fuerte siempre, celoso defensor de las libertades eclesiástica y civil, guardando en muchas ciudades, como en esta, la pureza del rito muzárabe y defendiéndolo cual brillante joya desde principios del

siglo décimo hasta fin del undécimo: y en el horizonte de nuestro cielo político apareciendo los fueros de Aragon y Cataluña, preciosos astros que esclarecen las glorias y el honor de nuestros padres: y todos esos fastos hermosos de nuestra historia en los Blancas, distinguidos en Aragon desde el año de 1390, en Zurita, zaragozano ilustre, en Mariana y otros muchos que reprodujeron nuestras leyes, nuestros derechos y antiguos fueros: todo esto y mucho mas siempre probará que la barbarie es impotente en la lucha contra la fé, y que esta ha regenerado y engrandecido el corazón de la sociedad; triunfos todos magníficos, que alfombran los caminos gloriosos desde las asperezas de Covadonga hasta la muelle y delicada Alhambra, los del atrevido Colon en el nuevo mundo, los del Gran Gonzalo y los del valiente Hernan Cortés; triunfos que abrillantan los trofeos de Pavia y San Quintin, de Flandes, del Milanésado, de Alemania y de los Alpes, hasta los de Felipe V, y los adelantos de Carlos III, ya antes célebre en el descubrimiento de Erculano y Pompeya, y la vida de la jurisprudencia con la recopilacion de Carlos IV, y los generosos esfuerzos inmortales de Gerona, Zaragoza y Madrid, y esos laureles tan recientes, tan vivos que nuestros hermanos trajeron del africano suelo, esos laureles que ciñen la frente de los que viven y esas coronas de oro, que dentro de alguna basilica serán grabadas sobre los sepulcros de los que han muerto: todo, todo, y lo muchísimo que no es posible decir, forma el colosal sublime monumento de esta gloriosísima península, á la cual, desde el siglo octavo, todas las naciones de Europa han visto y saludado grande, porque ella fué siempre creyente, y en su seno fecundo jamás degeneraron los hijos de Pelayo y del Cid.

¡Padres ejemplares de la patria!..... ¡Inclitos mártires!..... La religion y la sociedad os bendecirán eternamente, que fuisteis el ejemplo y el molde donde se han formado en la sucesion de los siglos los grandes corazones; visteis profanado

el templo de Dios, arrojásteis fuera á los que lo mancharon y lo purificásteis con vuestras lágrimas y sangre; vísteis conculcado el código santo de nuestras leyes y lo levantásteis con honor y lo perfeccionásteis con vuestra sabiduría; fuísteis la fuente de donde brotó nuestra ciencia, nuestro engrandecimiento y libertad, porque no á otro influjo obedecísteis sino á la ciencia de la Cruz. Recibid por tanto la íntima bendición que os envia al cielo el alma agradecida. *Non judicabunt scire aliquid etc.*

Un momento nada mas y concluyo esta última parte del discurso.

Hoy, Señores, hay entablada una lucha terrible en casi todos los pueblos europeos, lucha que ya comenzó hace mucho tiempo; ella es la guerra del error contra la verdad, de la razón contra la fé; pero lucha donde la fé, el espíritu de Jesucristo reina también regenerando el sentimiento filosófico para que sea completa la renovación del corazón social.

Yo quisiera estar ahora comenzando el discurso para poder presentar estas ideas con toda la extensión que merecen, pero las tocaré ligerísimamente en obsequio á vuestra atención.

Alemania, Señores, esa nación tan orgullosa con su filosofía, separada de la ciencia de Jesucristo por la reforma de Lutero, se ha creído fuerte y capaz de regenerar el corazón social; pero toda su capacidad, energía y creencia filosófica consisten en haber pasado, en menos de un siglo, del Idealismo naturalista de Schelling á las sensaciones de Jacobi; del Realismo empírico de Herbat al Nihilismo teórico de Hegel, ó al Voluntarismo de Schopenhauer, y aun sigue la corriente de los nuevos sistemas, prestando oídos al grosero Materialismo de Moleschott y Lametrie: ¿creeis que tal variación é inconstancia pueden producir creencia fija y verdadera? imposible: tan inconsecuente filosofía es incapaz de regenerar el corazón social.

Inglaterra, materialista inconsecuente, después de sus antiguos extravíos, desengañada del Idealismo de Carlyle, del Empirismo de Stuart Mill y del Positivismo de Herbet Spencer, se convierte á la firmeza y seguridad del principio filosófico-cristiano que despreció hace mas de tres siglos.

Francia, queriendo marchar al frente de la civilización de este siglo, se afanó por reflejar todas las ideas y doctrinas, y su castigo, entre otros, ha sido verse insultada ante la fé de Europa por el Escepticismo de Renán, por el idealismo de de Vacherot y por el Materialismo de Littré y de Conte.

Y yo pregunto: ¿serán esos sistemas gérmenes de civilización? ¿Podrán regenerar el corazón de las sociedades los contrarios empujes de tanta filosofía? Señores, tales preguntas ni merecen una contestación formal; pero es cierto que, cuantas consecuencias dedujo Bossuet contra el Protestantismo, en su historia de las Variaciones, otras tantas, aunque de distinta índole, deducirse podrían de las modernas inconsecuencias filosóficas, consecuencias cuyo resultado sería probar que la única filosofía invariable, verdadera y pura es la de Jesucristo, escrita en su evangelio, y que ella sola es también el germen civilizador opuesto á todas las inconsecuencias humanas. Fijad vuestra mirada en Italia y España, donde la verdad, aunque injuriada y oprimida, se conserva inmaculada y viva, y allí en el ilustre Antonio Rosmini y aquí en el inmortal Balmes, hallareis las dos puntas de esa cadena de oro que, asida al fuerte muro de la fé desde la edad media, probó con la lógica de las escuelas antiguas, así como también con los nuevos y bellos giros de la buena filosofía, la íntima relación de la fé con la razón, fundamento y esencia de la filosofía cristiana, que, por ser una como el principio de donde procede no ha variado jamás, y las ciencias todas han de animarse de ese espíritu filosófico-cristiano, si han de derramar sobre la tierra la luz de la verdad, y manifestar que la



oscuridad y los engaños que acompañan á la razon humana, solo pueden esclarecerse en la ciencia de Jesucristo, origen único de verdadero progreso y engrandecimiento.

Los errores, es cierto, han venido á turbar la dulce calma de la verdad filosófico-cristiana; pero ella no podrá menos que manifestarse siempre luminosa levantándose del monte santo, del oriente de la luz celestial, que es la Iglesia católica, única estrella fija que aparece en medio de la tormenta presente: Esta hablará en el nuevo concilio, y su voz, que no se apaga ni enmudece nunca ni por el estruendo de los combates, ni por la algazara de los sistemas, ya esté colocada en el capitolio, ya en la lobreguez de las catacumbas, llevará la ruina al error y prestará luz y vida á la humanidad creyente, conduciéndola como siempre por senderos de verdad y justicia hasta la suprema felicidad del cielo, que tal es el premio que la sociedad recibe con la ciencia de Jesucristo reflejada en la palabra de la Iglesia, la cual no tiene ni necesita otra ciencia sino la de la Cruz del Calvario. *Non iudicat scire aliquid, nisi Jesum Christum crucifixum.*

Generacion presente, entra hoy á la sombra del santuario y cuenta, si puedes, los triunfos que en el mundo ha obrado la ciencia de la Cruz; en el terreno puramente cristiano ha fundado los principios de la verdad, creando nuevos sentimientos en el espíritu del hombre, venciendo todas las resistencias y realizando milagrosamente todo aquello que ejecutar no pudo ni la fuerza, ni la jurisprudencia ni toda la sabiduría humana, Dionisio volando desde las altura del gentilismo hasta la abnegacion del mártir cristiano, convertido y convirtiendo ciudades, fué palmario y esclarecido ejemplo de que la ciencia de Jesucristo influye en el hombre creando en él un nuevo espíritu: y de tal modo que, comunicada esa ciencia por medio de los tormentos y la sangre de la Cruz, aquilata y sublima la virtud por el dolor y el sufrimiento, hasta el estremo que el martirio, los sufrimientos y el traba-

jo se han constituido en la cúpula escelsa y magnífica que cierra y embellece el templo de las creaciones humanas, en ciencias, en amor, en artes y en progreso.

Pero observamos tambien, que la ciencia de la Cruz entendida tan soberanamente por las venas de la sociedad la comunicó nuevos latidos de pujante vida, y así fué que mientras la monarquía goda, olvidada de tan divina ciencia, pereció para siempre, esta península virtuosa y santa en sus hijos, robustecida por la fé, con una mano arrojaba valiente y esforzada á los árabes, levantando con la otra reyes y caudillos creyentes y sábios, generosos y santos; reunia córtes, concedia fueros, agrandaba, en una palabra, los horizontes de su civilizacion, cuyas grandezas están consignadas en inmortales páginas y grandiosos monumentos para enseñarnos que la sensualidad y el materialismo y la carencia de fé ni tienen ni producen vida, ni triunfos, ni adelantos, y que solo la ciencia de Jesucristo unifica, salva, regenera y engrandece lo mismo en la rudeza de los combates, que en la dulzura de la paz, lo mismo en jurisprudencia que en filosofia, en las ciencias que en las artes, y en todos los medios que conducen al bien de las sociedades, al progreso y libertad de los pueblos.

Señores, guardad por tanto en vuestros pechos todas estas lecciones que acaba de daros la mas brillante de las historias, y dadme en prueba dos ardorosas lágrimas de amor y gratitud, para que yo las ofrezca en vuestros nombres, la una sobre el altar de Dionisio y la otra sobre la tumba de vuestros libertadores, porque en el templo de la gloria levantarse debe eterno monumento regado con llanto agradecido; Dionisio reclama con justicia ese honor, porque, sobre todo lo dicho, fué el ángel tutelar á cuyo sombra pelearon y vencieron nuestros mayores, y aquellos la merecen tambien porque derribaron á los enemigos de la fé dando magníficos ejemplos á todas las generaciones. Si: por aquel ejemplo el siglo XV ensanchó los límites de la tierra con un nuevo mundo, bello

floron de la corona de los sábios, de los héroes y de los mártires: el siglo XVI sumergió en Lepanto á la orgullosa Media Luna, y nuestro mismo siglo demostró tambien como se vencen y escarmientan los conquistadores soberbios. Aprendamos tan elocuentes ejemplos, que fuertes enemigos tenemos hoy de frente, enemigos de la fé en el Protestantismo y enemigos de la razon en la falsa filosofia; luchemos contra ellos sin descansar nunca; pero no creais por esto que yo os animo á un combate de sangre, no, que todos somos hermanos y la verdad y las guerras antiguas nos dicen que ya no deben esgrimirse espaldas ni derramarse sangre; luchar solo es necesario con las armas de la razon, de la verdad y la experiencia; que no se oiga ya mas el estampido del cañon en nuestras comarcas sino para saludar al dia feliz de una completa regeneracion; de otro modo resultará un contrasentido porque cuando las naciones se unen y los pueblos todos con mágicos alambres, para comunicarse sus sentimientos mas íntimos por esos delgados y misteriosos nervios: cuando las gigantes máquinas, burlándose de las distancias, acuden volando á las necesidades y llamamientos de todos los hombres, cuando los bellos productos de las artes unidos en ruidosas esposiciones hacen que todas las razas se comuniquen y saluden fraternalmente, cuando la igualdad y la fraternidad humanas son el sentimiento de los corazones, claro es que no debe lucharse con armas que produzcan víctimas y si con la palabra que produce la luz y la esclarece; pero ¡oh! que los hombres pelean con guerra encarnizada, y es porque los errores trabajan todas las creencias y estos han hecho puramente materiales los adelantos de nuestra civilizacion, por eso, Señores, ese malestar, esa confusion de ideas, por las que cada hombre quiere y pide una cosa distinta, esa fiebre espantosa que atormenta la vida de esta presente sociedad, esa enfermedad terrible que no podrá curarse ni con cañones rayados ni con proyectiles mortíferos, ni con estragos, ni con anar-

quía, ni con blasfemias, ni con insultos, ni groseras caricaturas, ni negando á Dios, ni demoliendo templos, ni desgarrando las entrañas de la sociedad sembrando los campos de cadáveres y vistiendo de luto amargo á los pueblos, pues la sociedad cuando enferma con fiebre tan mortal, solo tiene una medicina que pueda sanarla. ¿Sabeis cuál?

(1) Habiendo Jesucristo partido de Nazareth á Capharnaum visitó la sinagoga, y pasando despues á la casa de Simon, ocurrió que la suegra de este estaba enferma con unas fiebres muy recias: los discípulos llenos de fé le rogaron por ella, y el Salvador, compasivo, llegóse al lecho, se inclinó un poco hácia la enferma, mandó huir á la fiebre, la que obediente á tal mandato se retiró; y aquella, libre de su mal, se levantó sana y servia á Jesucristo y los Apóstoles.

Algunos han visto en la fiebre de aquella mujer á la Sinagoga, la que ciega y delirante respecto de la divinidad de Jesucristo, será por este igualmente sanada en su dia. Yo, sin embargo, contemplo en aquella enferma calenturienta á nuestra sociedad presente, atormentada por el vértigo y el desvarío de los sistemas modernos, vértigo que la hace pensar, como ocurre á los que padecen grande fiebre, que está sana, que pasea, que tiene vida y fuerza cuando en realidad se encuentra postrada en el lecho de la muerte; y este mal tan profundo, tan triste, Señores, se ha comunicado á la sangre y al corazon de esta sociedad actual de mil modos, y hay necesidad, para curar radicalmente esa fiebre, de acudir al Médico Divino, de recibir solo las instrucciones de su ciencia con amor y fé profunda, de suplicarle confiados, cual lo hicieron los Apóstoles y el Centurion, y El entonces se inclinará misericordioso sobre los males que nos aquejan y estos huirán, y nuestra sociedad, entonces se levantará del lecho de sus miserias, y sana, y libre, y fuerte, y regenerada y engran-

---

(1) San Lúcas, C. 4.º

decida por la accion de Jesucristo, le servirá en santidad y justicia, gustando las dulzuras de su divina ciencia, que produce en el tiempo la paz y la regeneracion social, y gozando tambien la entera comunicacion de su vida, que es la gloria de los santos en el trono de Dios, gloria que os deseo á todos por una eternidad.

---